

## **1. LOS PRIMEROS AÑOS TRAS LA RECONSTRUCCIÓN (1796-1807).**

Como vimos en la síntesis cronológica del volumen anterior (páginas 173 y 174), las obras de reconstrucción y amueblamiento impulsadas por Santiago Callexa se dieron por concluidas en el cuatrienio 1792-95, coincidiendo con la supresión del sistema extraordinario de financiación, con el enlosado parcial de la iglesia y, posiblemente, con el inicio de los problemas de salud del mencionado párroco, que formalizó su renuncia a tomar las de 1796 mediante un breve texto que es el último de su puño y letra que aparece en el Libro de Fábrica. Sin embargo, continuó ocupándose de las cuentas del Libro de Limosnas de San Antonio, suscribiendo las de los años 1796-1798 el día 17.03.1799 y las del año 1799 el día 24.08.1800, 11 meses antes de su muerte, acaecida el 20.07.1801. Para esta época no contamos con ninguna información sobre las cuentas de la Cofradía del Rosario al haberse perdido el Libro correspondiente a los años 1755-1851.

Tras el fallecimiento de Santiago Callexa (párroco entre los años 1764 y 1801), le sustituyó Joseph Días Salas, titular de la cercana parroquia de Linares y “cura interino” de Villazón entre 1801 y mediados de 1803: el 22.07.1803 suscribió su última acta en el libro de difuntos, aunque ya lo hizo en nombre del nuevo cura propio de Villazón, Antonio Fernández Zardaín, que regentó la parroquia entre los años 1803 y 1811, pero que, debido seguramente a la Guerra de la Independencia, solamente suscribió las cuentas hasta el año 1807.

Lo que se refleja en las cuentas correspondientes al período que estamos estudiando es una vuelta a la normalidad tras haber dado por concluidas las importantes obras de reconstrucción y amueblamiento de la iglesia: los ingresos continuaron siendo los ordinarios y los principales gastos que se realizaron fueron los destinados a labores de mantenimiento del edificio y a la adquisición de objetos litúrgicos y textiles, labor que durante los años de máxima actividad constructiva había quedado prácticamente paralizada.

En las cuentas del Libro de Fábrica de los años 1794-1795 y en las del Libro de Limosnas de San Antonio de los años 1796-1798 encontramos (por primera vez en varios años) las primeras compras de algunos objetos litúrgicos de cierta entidad realizadas por Santiago Callexa: “ocho candeleros de cobre” (6 de León y 2 de Madrid) por los que pagó 144 reales, un crucifijo para el altar que costó 16 reales (LF-I), y una lámpara para la capilla del santo valorada en 200 reales (LLSA).

Las cuentas del Libro de Fábrica del cuatrienio 1796-1799 fueron tomadas por el párroco de Linares (quien, ante los incumplimientos de Callexa, había sido comisionado para ello por el Visitador del año 1799) y reflejan la vuelta definitiva a la normalidad en lo relativo a lo arquitectónico (al anotarse diversos gastos por reparaciones) y un importante incremento de las partidas dedicadas a la adquisición, elaboración o reparación de ropajes y objetos litúrgicos: por un incensario se abonaron 40 reales; por la reparación y el dorado de un cáliz y por la elaboración y dorado del pie del viril, 494 reales (más los 19 reales que costó el traslado de ambas piezas desde Oviedo); por “un palio de medio tapiz”, 734,5 reales (más los 9 reales que costaron los palos para el mismo); por la confección de una casulla morada y verde, 158,5 reales.

El desglose de los gastos que conllevó la elaboración de esta última pieza resulta bastante detallado y nos proporciona una interesante información sobre dos aspectos relacionados con la dotación textil de la iglesia: la costumbre (que veremos repetirse en alguna otra ocasión) de reaprovechar alguna prenda o pieza antigua para la confección de una nueva y el tipo de géneros y pasamanerías que se emplearon en este caso concreto. Las partidas fueron las siguientes: 37 reales por “*vara y cuarto de damasco verde para completar una casulla que se hizo de las cenefas de un frontal morado y verde*”; 40 reales por 4 “*varas de cengala para el forro*”; 61,5 reales por 20 “*varas de flequillo para dicha casulla*”; y, finalmente, 20 reales “*de seda y hechura*”.

En la Visita Pastoral del año 1803 se hizo constar que aún no habían sido tomadas las cuentas de los tres últimos años y se ordenó fabricar un arca de tres llaves para guardar los caudales de las cofradías, disposición que aún no había sido cumplida en el año 1808; debido a las lagunas contables provocadas por la Guerra de la Independencia, ignoramos si dicho mueble se acabó elaborando en los años posteriores.

Finalmente, fue el párroco Antonio Fernández Zardaín quien se ocupó (a partir del año 1804) de tomar las cuentas de los años 1800 a 1807 (LF-I y LLSA). En las de los años 1800 a 1802 se anotó un gasto de 110 reales por “*aserrar madera para la iglesia*”.

Es posible que parte de esa madera se haya empleado en la confección de unos confesionarios y en la realización de ciertas obras que (sin especificar en qué consistieron) aparecen mencionadas en el Libro de Fábrica. En las cuentas de los años 1804-1805 se anotó un gasto de 500 reales por “*la obra de confesionarios y demás obras de la iglesia*”. Posteriormente, tras quedar sin tomar las cuentas del año 1806, se rindieron las de 1807, en las que se anotó un gasto de 300 reales por el mismo concepto.

Los confesionarios seguramente son los que actualmente se conservan en la iglesia. En cuanto a las obras mencionadas, resulta bastante probable que, entre las que se realizaron, figurase una que fue pagada, en parte, con un préstamo procedente de las limosnas de San Antonio, según figura en las cuentas de los años 1805-1806, en las que se anotó una partida de 960 reales que el mayordomo de la cofradía *“entregó para la obra del pórtico de la iglesia, en calidad de reintegro”*.

De ser así, no cabe duda de que se trataría de unas obras de cierta envergadura, pues sumando las tres partidas mencionadas obtendríamos una importante cantidad (1.760 reales) a la que seguramente habría que añadirle un posible préstamo de la Cofradía del Rosario. En cualquier caso, resulta ciertamente llamativo que en el transcurso de tan sólo 50 años se hubiese renovado el pórtico de la iglesia en cuatro ocasiones: en 1755, en 1771, en 1781-84 (con motivo de la reconstrucción y reorientación de la iglesia) y, finalmente, en 1805-1806.

Es posible que la necesidad de renovación del pórtico construido en el lado oriental de la iglesia tan sólo 20 años antes haya estado motivada por la inestabilidad de los terrenos situados en su entorno, cuestión que no debió de quedar definitivamente resuelta hasta la finalización de las obras de construcción del muro de contención del lado norte (1854) y de reconstrucción y reforma del situado en el lado este (1855 y 1857, respectivamente).

Llama la atención que en estos primeros años del siglo XIX los únicos gastos destinados a la dotación de bienes muebles que aparecen anotados en las cuentas de la iglesia hayan sido los que se realizaron con motivo de la adquisición de los mencionados confesionarios y los originados por la fundición de dos campanas: 812,5 reales que se pagaron entre 1800 y 1802 *“por la fundición de una campana”* (seguramente la menor) y 1.575 reales y 28 maravedíes que el mayordomo del año 1803 *“pagó por la fundición de la campana mediana”*.

En cualquier caso, el tenor literal del acta de la Visita Pastoral del año 1806, parece dar a entender que, tras las escasas obras y adquisiciones realizadas tras las impulsadas por Santiago Callexa hasta el año 1795 (es decir, en el período que estamos estudiando), la iglesia y su dotación mobiliaria y litúrgica ya solamente carecían de algunos insignificantes detalles, que fueron, precisamente, los que señaló el visitador, quien tras recorrer la iglesia, declaró haberla encontrado *“muy decente en lo material y formal y sólo halló de menos los crucifijos en tres de los altares y dos aras quebradas, la una enteramente inservible”*.